

bre monumento, aquí germina la semilla de la resurreccion... ¡Pobre hermana mia! en tus últimos instantes solo he podido hablarte de Jesus muerto... ¡muerto en la cruz!... Ahora cerca de él estarás... sí, debes estarlo; mi corazon me lo asegura... »

Volaba sobre su tumba el alma de María Magdalena y gimió dulcemente al escuchar á Lázaro, porque no la era lícito aparecérsese; mas consolóse con la esperanza de que acaso se dignara el Mesías hacer por su hermano tanto como los dos amantes Cidlia y Sémida, á quienes en calidad de resucitados concedió que en cuerpo y alma subieran á los cielos. Lázaro entre tanto prosigue en sus tiernas quejas :

« ¡Cual hubiera sido tu felicidad, oh María, si á mi lado te vieras en tan fausto dia! ¡Con qué gozoso éstasis hubieras procurado adivinar, por la fisonomía de mis huéspedes, si pertenecian todavía á la tierra ó si eran mensajeros del cielo! »

Y el pensamiento de María responde al pensamiento de Lázaro :

« ¡Oh si yo pudiera aparecerme á tí, hermano mio! Entonces te diria los nombres de los inmortales que á tu mesa se han sentado... pero, ¡ay de mí! tú no me oyes, y ni mi tumba, ni el arroyo que la baña pueden tampoco oirme... ¿Y qué importa? Quiero olvidar la distancia que nos separa,

quiero figurarme que puedes escucharme. Oye pues : ese venerable anciano cuya cabellera parece mas blanca que las flores del arbusto que al pie de mi sepulcro crece es Oza¹; el mancebo que lentamente se pasea siguiendo el curso del arroyo, es Jetro, el pastor de Madian². Mira con qué angélico candor se envuelve la dulce Dorcas, la tierna hija de Jetté, en su trasparente velo... »

Y mientras María, hablaba á su hermano, fijaba los ojos en los resucitados, perdiase su espíritu en éstasis sin límites; porque si acá veia á Korak³ apoyando contra un oliyo su arpa celestial que Jedito coronaba de flores; mas allá á Raquel enlazando al tronco magestuoso de un olmo verdes guirnaldas de yedra que Gemina prolongaba

¹ Habiendo David congregado á todo el pueblo de Israel para trasladar desde Kiriath-Jeharim á Jerusalem el arca santa, fué esta colocada sobre un carro de bueyes, cuyo conductor era Oza. Tropezó uno de los bueyes, vaciló el arca, tendió Oza la mano para sostenerla, y apenas la hubo tocado cayó muerto. David, sumamente afligido por tal desgracia, dió al lugar donde aconteció el nombre de *Pevels-Oza*, separacion de Oza. Allí construyeron los reyes de Judás una casa de recreo, en la cual fué enterrado Manasés. (Paralipomenos, I, 45, y II, 55.) — T. F. — La muerte de Oza fué castigo de Dios irritado : ¿por qué pues Klopstock coloca á aquel Hebreo en el número de los resucitados y mensajeros del cielo? — T. E.

² Jetro, suegro de Moisés, era pastor, ó mas bien ganadero, en Madian, país que separaba al Egipto de la tierra de Canaan. — T. F.

³ Korak y su amigo Jedito, fueron dos de los cantores de David. — T. F.

á lo infinito. Luego se le presenta el pastor Zalmona que espiró de gozo cuando oyó á los ángeles celebrar el nacimiento del hijo de María, acompañado de otro mas noble y mas antiguo pastor, del hijo de Isaí, y ve que entrambos van rogando á los resucitados que al paso encuentran, que les refieran los trasportes de los mortales á quienes respectivamente se han dignado aparecerse. Entonces dirigiéndose de nuevo el pensamiento de María á su hermano, dijo :

« ¿ Conoces á Elifás¹? ¿ Le ves encaminarse hacia Heman²?... Ya se hablan, y sus ojos centellean... Heman se acerca á mi sepulcro, se sienta á tu lado,... mas no puedes verle porque se ha despojado de las formas sensibles á los ojos de los mortales... y va á elevarse hasta la cima del Tabor... No te vayas, caro Heman, dignate aparecerte á mi hermano, y vea yo las lágrimas de alegría que tu presencia le hará derramar. »

Y Heman responde :

« Antes de subir á los cielos se aparecerá el Redentor á Lázaro, y Lázaro será trasfigurado. »

¹ Elifás fué uno de los amigos de Job, que durante la miseria de este iban á disputar con él y á llenarle de reconvenciones ; halló despues gracia á los ojos del Eterno, porque en cumplimiento de sus preceptos hizo don á Job de siete toros y otros tantos carneros, para que fuesen ofrecidos en holocausto al Señor. (Job.) — T. F.

² Heman, uno de los cantores de Daniel, sobre el cual puede verse la nota al canto XI, pág. 448 del tomo I. — T. F.

« ¡ O ináudita felicidad ! Subirá mi hermano con nosotros al reino de la luz, y en él aumentará el número de los primogénitos de la Redencion, y su voz se unirá á los celestes himnos ! »

En vano se regocija anticipadamente María por la trasformacion de Lázaro, este ni verla ni oirla puede ; mas dominado, sin embargo, por cierta vaga inquietud y por un sentimiento indefinible, se levanta del fúnebre monumento y va á reunirse con sus amigos.

Eneo retirado á la parte mas solitaria del huerto, y apoyada la frente en sus dos manos, medita sobre la felicidad de los fieles que acaban de ver á los resucitados.

« Sí, pensaba, grande es su felicidad : pero ¿ no me ha cabido tambien alguna parte de ella, cuando me han hecho relacion de lo que han visto y oido?... ¿ Qué partido debo tomar ahora?... ¿ Me es lícito aun servir á los conquistadores del universo, y quemar incienso en las aras de Júpiter tonante? ¿ Debo mancharme de nuevo con la sangre de aquellos de los oprimidos, que rehusan encorvarse bajo el yugo del inhumano vencedor? ¿ Puedo formar parte todavia del acompañamiento triunfal, puedo gozar de los sensuales, placeres que Roma ofrece á sus soldados cuando victoriosos los recibe en sus muros?... ¿ No he aprendido ya á mirar la vida bajo otro aspecto?... Alegria estre-

pitosa, sangrienta gloria : adios para siempre ; si, que para siempre tambien me consagro al Dios de amor y de misericordia , á las santas obligaciones que él nos impone, á las celestiales verdades que su boca nos enseñó en la tierra. Sé conmigo en adelante, Dios de amor y de misericordia ; y dignate guiar mis pasos. »

Apenas hubo su pensamiento dirigido al cielo estas últimas palabras apareciéndosele Elihú¹, en todo el resplandor de su inmortalidad, le dijo algunas palabras de salud y consuelo.

Ya la vision habia desaparecido, mas aun la vista del piadoso Eneo estaba fija en el parage mismo donde se desvaneció, y su alma creia escuchar aun las santas verdades que acababan de revelársele.

Betoron² amaba á Jesus, pero no lo bastante para seguirle : negóse pues á ser de sus discípulos, pero posteriormente se arrepintió amargamente de su culpa. Profunda era la tristeza que sobre él

¹ Elihú, el mas joven y el mas prudente tambien de los amigos de Job, fué el único de los que con él iban á discutir durante su miseria, que no le insultó, exhortándole por el contrario á resignarse y esperar. (Job, cap. XXXII y sig.) — T. F.

² Los cuatro Evangelistas refieren que hubo cierto joven muy rico, que persuadido de la moral de Jesucristo, quiso ser discípulo suyo ; mas cuando el Mesías le mandó que para seguirle abandonase todas sus riquezas, no tuvo valor para hacer tamaño sacrificio. De ese, á quien los santos Evangelios no nombran, habla aquí Klopstock, llamándole Betoron. — T. F.

pesaba, porque no se atrevia á esperar que bastaran sus remordimientos á que aplacándose el divino resucitado le enviara algun mensagero inmortal. En vano Lázaro procuró consolarle : huyendo la sociedad de sus amigos se pasea solitario en el mas sombrío de los bosques del huerto. Allí se le presentó Elihú bajo la forma de un peregrino, rogándole que le refiriera los milagros de Jesus mientras permaneció en la tierra. Respondió Betoron enumerando con sumo calor todos los prodigios de que habia sido testigo, y el resucitado le interrumpió inopinadamente diciendo :

« ¡ Cuan felices sois los que habeis visto con vuestros ojos, y oido con vuestros oidos ! »

Y sin atender á la voz del mancebo que con ansia le llamaba, desapareció á su vista. Entonces, conociendo Betoron, que quien acababa de hablarle era un mensagero celeste, pero que no le creia digno de ser por él iluminado, imaginóse mas desdichado que antes. Sin embargo siguió el mismo camino que el inmortal al desaparecerse ; mas en vano pues al cabo solo encontró la florida tumba que ocultaba los restos de María, nada oyó mas que el murmullo del arroyo cuya corriente iba á perderse en el verde vecino bosque. A poco de llegar allí reunióse con él cierto peregrino que ya durante el banquete le habia hablado diferentes veces, y que entonces le dirigió bondadosamente

la palabra, rogándole que le mirase desde aquel momento como su mejor amigo. Cedió Betoron á la necesidad de desahogar su corazón en el seno de un alma capaz de comprender, y dispuesta á compadecer las penas que sufría, y en efecto refirió al peregrino como había rehusado seguir á Jesús, y asimismo los crueles remordimientos que de haberlo hecho tenía. Aquel su nuevo amigo le prodigó tales consuelos que le llenaron de gozo y de sorpresa hasta el punto de hacerle esclamar :

« Acaba la obra que has comenzado; porque, ya no puedo dudarle, tú eres uno de los mensajeros que el Salvador envía á sus testigos en la tierra. No apartes de mí tus miradas llenas de amor y de esperanza... Acabas de decirme que eres mi amigo, ¡pues en nombre de nuestra amistad te ruego que te me aparezcas en todo el resplandor de tu inmortalidad! »

Jedidot, pues él era quien consolaba al desdichado Betoron, le estrechó contra su pecho inundándole de luz celestial, y aquel perdió el sentimiento de existencia... Al volver en sí nada vió el pecador arrepentido: pero el recuerdo de la aparición que Cristo se había dignado enviarle fué bastante para que en adelante se considerase feliz.

Guiados por sus ángeles custodios, salieron Cid-

lia y Sémida del astro Hespero¹, y fueron despues de haberse detenido un instante cerca de la tumba de María, á unirse con los demas resucitados que se hallaban al pié del palmero. Allí por insinuación de uno de los inmortales cantaron los dos amantes un himno celebrando su felicidad y su amor en los cielos.

Sonidos mas misteriosos que el que producen las hojas que el viento agita, mas gratos que el murmullo de los arroyos, llaman la atención de Lázaro y de sus huéspedes; quienes despues de procurarse en vano darse cuenta del origen y naturaleza de tan suaves melodias, se deciden á escucharlas, deteniendo hasta el aliento, é imponiéndose unos á otros silencio con espresivos ademanes.

Y uniendo su voz á los acentos de las arpas, de las trompas, de los clarines, de los salterios, y de las trompetas de los resucitados, cantó Sémida :

« Realizáronse en fin los confusos ensueños que llenaron nuestra existencia desde que sacudimos el sueño de la muerte. Bella es la eternidad: mucho mas bella me parece cuando tu pensamiento la mide juntamente con el mio. »

Y Cidlia responde :

« Hermosa es la estrella de la noche, pero mu-

¹ Hespero, Vesper y Venus, son tres nombres que se dan al lucero vespertino. — T. F.

cho mas hermosa me parece cuando conmigo la admiras tú. Embellecen tus miradas al día que aparece, al sol que en los espacios gira.

« Unisonos suenan los astros : todo en el universo es armonía. La armonía engendra todas las bienaventuranzas celestiales, ella es la que ha fundido en una nuestras dos almas ; sí, Cidlia, la armonía es el amor, es la felicidad.

« Hespero ¹ conoció tambien el entusiasmo del

¹ El Hespero de que aquí habla Klopstock, no es ya la estrella de Venus, sino el hijo de Japet, ó Japeto, segun la mitología, de Jafet, hijo de Noe, segun la tradicion cristiana y la opinion de la mayor parte de los sabios que se han ocupado en indagar el origen de los pueblos. Dícese de ese Hespero, que fué muy dado á la astronomía en la cual hizo los primeros descubrimientos, y que habiendo subido á cierta montaña para observar los astros le mató un rayo. Parece que entonces hicieron los hombres su apotéosis, y dieron su nombre á uno de los mas bellos luminares del cielo.—Por lo que en la estrofa siguiente dice vemos que Klopstock supone que el espíritu del astrónomo se hallaba en la estrella de su nombre, pero ocupando en la escala de las bienaventuranzas un grado inferior al de Cidlia y Sémida, pues las percepciones de éstos eran infinitas, y las de aquel limitadas á siete sentidos, dos mas que los conocidos en la tierra. Tal vez ese número aluda á las siete hijas de Hespero, que la fábula consideró desde la mas remota antigüedad, como dueñas y soberanas del famoso jardín llamado de las Hesperides, que cada pueblo colocó en la region que mejor le cuadraba, algunos á la entrada del cielo y otros en el cielo mismo. Creemos que el jardín citado, las islas dichosas ó afortunadas, la Atlantida, etc., sean una misma cosa. En cuanto á la singularidad de que Klopstock, en una epopeya cristiana, se valga de mitológicas, alegorías, diremos que sin duda toma á Hespero como hijo de Jafet, quien pobló, segun la tradicion cristiana, parte del Asia, y todo el litoral del Mediterraneo. — T. F.

amor, pero nunca amó, como nos amábamos nosotros, Sémida mio.

« Largos dias de felicidad cuentas ya, ó Hespero, mas aun no has sacudido tu primitiva forma. Siete sentidos tiene solos tu alma para trasmitirle las sensaciones esternas ; las nuestras beben ya en todas las fuentes de la creacion, se estienden á la eternidad. ¿ Te es dado, por ventura, distinguir de tan lejos como nosotros lo podemos la flor que se dilata en el *valle de las Tumbas* ; oyes el murmullo de la corriente del arroyo que humedece las raices de sus árboles ? »

« Cuando no veia yo mas que con mis ojos mortales, lloraba por mí, por el arroyo cuyo manantial secan los ardores del estío, por la flor que los rayos del sol agostan : mas cuando mi Sémida, salvando conmigo los límites de los tiempos, me recibió en sus brazos... »

Espiró en los labios de Cidlia ese cántico de amor, porque no lejos del palmero vió á su madre abatida por el dolor y anegada en llanto. Aparecióse á ella inmediatamente con todo el resplandor de su celeste gloria ; y no siendo capaz de tan supremo gozo el alma de un mortal, rompió la de la desdichada madre de Cidlia los lazos que la unian á esta vida de sollozos y amargura, y subió al trono del Eterno sostenida en los brazos de su hija y de Sémida.

Con Semno conversa hace ya algun tiempo cierto noble peregrino sobre las apariciones que han consolado á los fieles, escuchándole aquel con vivo interés, hasta que por fin exclamó :

« Feliz seria, si se dignase mostrármeme alguno de los moradores del cielo; mas para creer en la resurreccion de Cristo no he menester que uno de sus mensageros venga á decirme que es cierta. »

Entonces el peregrino, alejándose poco á poco de Semno, dijo para sí :

« No quiero mostrarme á ese tal cual soy : su fe es incontrastable, tal vez mi aparicion le envaneciera, y un instante de pasagera dicha podria acaso costarle su eterna ventura. »

De pie sobre el monte Tabor pesa el Salvador del mundo en su temida balanza las acciones de los hombres, y bondadosamente se sonrie contemplando las escenas de felicidad que tienen lugar en el huerto de Lázaro.

Berbeson, el único de los diez leprosos curados por Jesus, que volvió á buscarle para manifestarse agradecido á tan singular beneficio, se paseaba pensativo á orillas del arroyo, y llegando á sus oídos, aunque confusamente, las celestes armonías, acercóse al palmero á cuyo pie y como al trasluz de un velo, vió á los inmortales allí congregados. Tal vez iba á sucumbir al éstasis que en su ánimo producía la vibracion de las arpas celestiales cuan-

do uno de los resucitados, acercándosele, le sostuvo y condujo hasta el grupo de sus compañeros. Allí, y despues de que se envolvió en la nube que á todos ocultaba, le mandó coger algunos ramos de palma. Hizolo así Berbeson, repartiendo á los resucitados todas las palmas menos una que su introductor le dijo conservara para sí. Animado con aquel favor se atrevió el antes leproso á hacerles algunas preguntas á los celestes mensageros, y ellos bondadosamente le dijeron como habian salido de sus sepulcros por disposicion del Redentor divino, para ser testigos de su resurreccion; que permanecerian en la tierra mientras el Mesías la honrase con su presencia; y que, en fin, con Jesus volverian á los cielos.

« Perdonadme, dijo Berbeson, si todavía me atrevo á importunaros con preguntas : pero dignaos decirme si estoy condenado á vivir largo tiempo. »

« Lo ignoramos, » respondieron los inmortales. Y Berbeson volvió á decir :

« ¿Qué habeis experimentado cuando os despertasteis del sueño de la muerte? »

« Lo que Adan, cuando de manos de su Creador recibió la existencia; tambien para tí sonará la trompeta que nos llamó á la vida eterna. »

Y Berbeson nada ve ya, nada oye. Inmóviles están las hojas del palmero, los aires mismos detie-

nen su aliento : pero todos los gozos de los cielos llenan el corazon de aquel mortal que por segunda vez prueba los efectos de la divina misericordia.

Así fué como sobre los amigos de Lázaro, congregados para buscar en dulces coloquios consuelo pasagero, cayeron inesperadamente para ellos todas las bendiciones del cielo ; tal acontece al moribundo que imaginó hallar en el sepulcro solo frio descanso, y despues ve brillar ante su espíritu la inmensidad de los cielos y una eterna felicidad.



CANTO DÉCIMOOC TAVO.

ARGUMENTO. — Adan ruega al Mesias que le revele algunas de las consecuencias de la redencion. — Jesus, accediendo á sus súplicas, le revela en una vision parte del juicio final. — Refiéresela Adan á los ángeles y á los resucitados, diciéndoles que ha visto juzgar á los enemigos de Cristo, — á los fundadores del culto de los idolos, — á los impíos, — á los perseguidores, — y á los malos reyes.



Adan, postrándose á los pies de Cristo, dice :
 « Si hallé gracia á tus ojos, ó mi divino Salvador, haz que mi pensamiento comprenda toda la inmensidad del beneficio, que sacrificándote, has hecho á mis innumerables hijos. »